

crecen con las exigencias de la educación. La comprensión de valores la produce el hecho de vivir el alumno dichos valores —los bienes en los que se ponen de manifiesto dichos valores los habrá de proporcionar al alumno la educación—; pero única y exclusivamente la actividad del alumno le hace descubrir los valores en los bienes que se le ofrecen; solamente en el momento en que despierta la facultad, por ejemplo, para el sentimiento puro del arte puede educarse la sensibilidad artística. A la inversa, la educación habrá de fijarse en todo descubrimiento espontáneo del valor por parte del alumno para proporcionarle las materias adecuadas. Esto es cosa distinta que la convergencia entre el desarrollo y el medio ambiente, pues la educación es una actividad consciente que quiere ejercer influencia sobre el desarrollo por la modificación del medio ambiente, perteneciendo a este «ambiente» también el educador y su conducta con el alumno. De esto se sigue que la cooperación no es continua, sino que más bien guía al educador, teniendo que poner atención si el desarrollo responde; ocurre que a veces se modifica el desarrollo durante un espacio sin la intervención del educador, dando así lugar a que éste modifique su método. Puesto que además es propio de una teoría de la educación el mirar la relación por un lado, o sea por el lado de la actividad educadora, de ahí que podamos hablar de *la adaptación al objetivo o inclinación al trabajo*, de la moderación de la energía del educador frente al desarrollo. La energía moderada, de un lado, es general, es una consideración general de las fases y leyes del desarrollo que se reproducen en todo individuo; del otro lado, es individual, es una consideración de la idiosincrasia de cada alumno que se pone de manifiesto en el curso del desarrollo.

Quizá sea posible ilustrar con mayor detalle el sentido y la índole de la energía moderada si nos imaginamos como acabado un desarrollo determinado de un individuo y retrospectivamente intentamos

formarnos un concepto ideal de su marcha, de la forma que pudiese o debiese haber tenido. Entre las ilimitadas influencias de toda clase que actuaban sobre el hombre en el curso de su vida sólo creemos importantes aquéllas que han dejado huellas duraderas; sus «disposiciones» las vemos ahora desde el punto de vista de su formación. De antemano consideramos de poca importancia aquello que más tarde se suprimió o se rechazó. En el caso de que tenga para nosotros importancia el hombre por razón de un valor positivo o negativo determinado, por ejemplo, por haber inventado algo o haber cometido un crimen, se asocia al primer principio de selección el efecto permanente de otro principio: llega a ser esencial aquello que ha contribuido al desenvolvimiento en el hombre de las fases a que se refiere el valor (por ejemplo, su talento de invención). Se amplía esta estrecha y externa relación del valor con una «proeza» positiva o negativa, si se incluye la «vida» como sostén de un sentido. Estos actos llegan entonces a ser manifestaciones de la vida y el conjunto adquiere importancia no por el hecho de ser vida en sentido general, sino en relación a una vida con la mayor plenitud posible de valor, queriendo decir aquí la palabra «la mayor posible»: con el supuesto de disposiciones existentes. Ahora bien, en dos sentidos hay que dar valor a la vida, por una parte existen valores relativamente formales respecto a la vida, tales como la energía, salud, plenitud, unidad; de otra parte trátase de averiguar qué valores de contenido determinado o qué bienes, que de por sí tienen condición superactiva, tales como la autonomía moral, posición como miembro de una familia, nación, Estado, Iglesia; sentimiento por la naturaleza y las bellas artes, las ciencias, etc., etc., ha realizado el hombre. Puede imaginarse que esta realización se verifica de dos maneras: como sentimiento (interior) convivencia o como apoyo y prestación orientada hacia valores determinados. De esta mane-

ra se coordina aquí como parte la relación del valor, que abarca a un conjunto, con la actuación. Pongamos el caso de que podamos enjuiciar una vida en todas estas relaciones conociendo además las disposiciones innatas del individuo en cuestión, entonces podemos comprar los valores positivos, los que faltan y los valores negativos con la idea de un desarrollo perfecto en el que llegarán a desenvolverse todas las disposiciones positivas para formar un cosmos armónico de valores, donde se hubiesen rechazado todas las disposiciones negativas o transformadas en positivas y eliminando todos los trastornos del desarrollo. Este es un ideal individual, limitado en tanto que no abarca todos los «factores valiosos en general», sino sólo lo valioso que podía formarse de esta disposición individual. Tal ideal permite otra restricción si se pone al lado de la disposición las condiciones externas del desarrollo, inasequibles a la influencia del educador. Mas se evidencia en seguida que el límite se difumina ahora según la época en que el educador se hace cargo del alumno, según la preparación externa e interna del educador. El ideal mismo se ofrece desde dos aspectos: desde el conjunto de valores de la vida humana y desde las disposiciones en un caso particular. Partiendo del conjunto de los valores se trata de su realización —la más perfecta posible— en la vida del individuo; partiendo de las disposiciones, han de desenvolverse éstas, que pueden considerarse en sí como indiferentes en cuanto al valor, para que en lo posible constituyan partes de un cosmos de bienes. La energía moderada del educador consiste en que vea todas las disposiciones como dotes naturales intentando desarrollarlas en sentido positivo, orientando hacia el valor, y que transforme la esencia del valor de manera que se adapte a este conjunto de disposiciones. *Este principio positivo, que en todas partes busca en lo natural la existencia de valores, representa el fundamento justificado de la exigencia*

de una «educación natural». Toda educación ha de estar encauzada por un concepto de valor, que no es dado con la disposición natural, que está sobre la realidad y que es en este sentido «supranatural». Mas la educación no ha de pensar la «naturaleza» del individuo en estado de desarrollo dentro de un molde heterogéneo, tal como si fuera una materia inerte, sino que ha de comprender como valor existente en sentido positivo todo aquello que se destaca, formando siempre de nuevo a base de ello su objetivo propio; ha de ser un trabajo complaciente, moderado. Ahora se evidencia más la intervención de un elemento irracional en toda educación, cuya necesidad ya hemos deducido anteriormente. El educador que posee una conciencia estimativa desarrollada ocupa frente al alumno el puesto de observador, que siempre está dispuesto a descubrir y a reconocer factores nuevos. A nuestras exposiciones, que hasta ahora han sido generales, les daremos en adelante contornos más precisos; en la aplicación se evidenciará el valor de estas normas. Mas tampoco son completas como normas, pues hasta ahora hemos hablado del «desarrollo» como si se tratase de un hecho que se produce automáticamente y que admite intervenciones, pero el alumno se encuentra frente al educador también como voluntad.

JONAS COHN.

INFORMACION SOCIOLOGICA

INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

(Véase los números 50, 51, 52, y 53 de *Educación*)

V. LOS MÉTODOS SOCIOLÓGICOS.—Lo que ha sido dicho hasta aquí basta para comprender que los métodos de la sociología no pueden ser, en esencia, di-

versos de los usados por las demás ciencias experimentales. Proceder *a priori* sería caer de nuevo en la ilusión de las explicaciones subjetivas y aceptar como claro lo que es familiar, como inteligible lo que es solamente un dato. Proceder *deductivamente*, partir, por ejemplo, del postulado de una «naturaleza humana» cuyas tendencias serían siempre y en todas partes las mismas, sería olvidar que esa naturaleza humana es ella también función, resultado, de ciertas condiciones sociales y que, en consecuencia, se encuentra en vías de una perpetua evolución.

I. EL MÉTODO MONOGRÁFICO.—Entonces si es necesario tomar como punto de partida lo concreto, no será el método mejor la descripción atenta y minuciosa de casos particulares convenientemente seleccionados, el *método monográfico*?

La escuela de Le Play y su derivada la de la «Ciencia Social» han preconizado ese método como el procedimiento fundamental de la sociología. Un representante eminente de esa escuela, Pablo Bureau, pregunta: ¿Qué hace un científico dedicado a la mineralogía cuando desea estudiar un terreno? No estudiará tales o cuales materiales extraídos, no multiplicará los análisis parciales y fragmentarios. Obtendrá una muestra del yacimiento que desea conocer y hará de ella un análisis completo. Así lo hizo Le Play en sus investigaciones acerca de las familias obreras. Establecía el presupuesto de una familia normal en una profesión, en una localidad y en una época dadas, anotaba los diversos gastos dedicados a los alimentos, a los vestidos, a la habitación, a la salud, a la instrucción, a las diversiones y al ahorro. Estableció cuadros que fueron desarrollados por Enrique de Tourville en una *Nomenclatura* detallada en la que los hechos sociales se encuentran agrupados en veinticinco grandes clases, subdivididas en 325 elementos. Además Le Play preparó un cuadro para la monografía de una nación que aplicó en

su «Constitución de Inglaterra»; Emilio Cheysson formuló un cuadro para las monografías de talleres, etc.

Por otra parte, los geógrafos de la escuela de Vidal de la Blache, por oposición al método analítico y comparativo de los sociólogos, se han dedicado a las *monografías regionales* de las cuales existen infinidad de modelos. En lugar de tomar un elemento social, como la habitación (formas de las casas, distribución, etc.) la población, la irrigación, la localización de las industrias, en lugar de estudiar sus variaciones en el tiempo y en el espacio, escogen una región geográficamente limitada y estudian todos los fenómenos a los cuales sirve de escenario y las relaciones que esos fenómenos tienen con la región en la que se verifican.

Si debemos creer a sus partidarios, este método permite apreciar la sociedad en su devenir, en su vida, en su dinamismo, mientras los demás métodos llevan a una sociológica estática. Bureau reprocha a Durkheim apreciar únicamente, por medio de sus métodos, no lo «ya hecho» y lo «terminado» sino «lo que está envejeciendo y lo ya viejo, lo que mañana será caduco y pasado mañana estará muerto» le reprocha también el desconocimiento de «las instituciones sociales que se elaboran y se preparan, tímida y, a veces, dolorosamente, muy modestas aún y demasiado despreciadas por las «personas de calidad.» También Lionel Bataillon cree poder afirmar que «la diferencia de actitud (entre los partidarios del método analítico y los del monográfico regional) provienen de una diferencia de concepto de las reacciones recíprocas entre el hombre y el medio.» Los primeros suponen a «los hombres en actitud pasiva ante las fuerzas naturales» mientras que los segundos estarían saturados de la idea de que «el hombre actúa o influye sobre la naturaleza tanto como ésta ha podido actuar sobre aquél.»

Los sociólogos de la escuela de Durkheim no han puesto de relieve esa reacción del hombre sobre la

naturaleza, tampoco la han negado. El método monográfico no evita los inconvenientes de la sociología estática. Nuestras sociedades modernas —observa Wilbois— están en permanente evolución; sin cesar se crean en ellas tendencias nuevas que no tienen órganos apropiados. Podremos apreciar esas tendencias, esas necesidades nuevas con la ayuda de las monografías? Por muy valiosas que éstas sean no responden sino indirecta e inexactamente a lo que de ellas exigimos.

Lo que debemos preguntarnos es si la monografía constituye un *método* que pueda conducirnos a una determinación y a una interpretación satisfactoria de los hechos sociales. Séanos permitido recordar aquí algunos principios elementales que nos parecen haber sido olvidados en esta discusión:

a) Lo singular no es objeto de la ciencia. La monografía, por el hecho mismo que se refiere a un ejemplo único, no puede agotar el tema. Es la objeción que Durkheim formuló en sus *Reglas del método Sociológico*: «hacer el inventario de todos los caracteres que pertenecen a un individuo es un problema insoluble. Todo individuo es un infinito y lo infinito no puede ser agotado.» La descripción pura, en la medida en la que es aquí posible, nos pone en presencia de un conjunto confuso en el cual nada se puede diferenciar lo mismo que pasaría si a un físico se le ocurriera describir el estado total de un sistema mezclando lo que se refiere a los estados mecánico, térmico, eléctrico, magnético, higrométrico, etc.

A lo más, la monografía puede suministrarnos —y esto en forma incompleta— un dato que se presenta entonces no sólo con la complejidad sino también con la ambigüedad de lo real. Complejo indescifrable, realmente rebelde a todo análisis, imposible de ser científicamente estudiado.

b) En realidad, el análisis es indispensable. Y esto es tan cierto que los mismos partidarios del método monográfico, en lo que pretenden sea una sim-

ple exploración de los hechos sociales, introducen hipótesis, prejuicios, clasificaciones, cuadros lógicos que implican ya toda una interpretación. Pero esta interpretación es más peligrosa ya que es inconsciente y surge con frecuencia de esa «metafísica del sentido común» que Simiand señalaba, en 1903, como «uno de los ídolos de la tribu de los historiadores.»

c) Esos prejuicios, al entrar en la pretendida descripción de los hechos, nos hacen correr el peligro de generalizar tomando como base un ejemplo único. El procedimiento monográfico debe ser empleado con discreción si no se quiere que las conclusiones abarquen más de lo que legítimamente pueden abarcar.

d) Es curioso observar que sus mismos partidarios reconocen la insuficiencia del método monográfico. La monografía de una familia no basta, dice Pablo Bureau. Es preciso repetir la observación sobre otra familia y *controlar por medio de una nueva prueba* los resultados de la primera. Así se expresan también los historiadores: Berr en su *Síntesis en la Historia*, Febvre en *La Tierra y la Evolución Humana* para no citar otros.

II. EL MÉTODO HISTÓRICO-COMPARATIVO— Existe otra fuente de información para el sociólogo, fuente que puede convertirse en un verdadero método de análisis y de explicación: la historia comparada.

La historia propiamente dicha, aun si se la considera como el conocimiento de lo singular, del *suceso*, aun si, como lo afirmaba Mantoux en 1903, sigue siendo un relato, una descripción, un cuadro «es indispensable para la sociología». «Toda investigación sociológica, escribía con razón el mismo historiador, debe ser precedida de una preparación histórica». Durkheim designaba la historia comparada como el instrumento por excelencia de los estudios sociológicos, mejor que la etnografía de la cual él y su escuela debían hacer un uso tan amplio.

La historia presenta una gran superioridad con respecto a la monografía de la contemporáneo, de lo actual. Es ella la que nos hace apreciar los hechos históricos en su devenir, en lo que tienen de vivo y de movable. Ella «nos enseña la relatividad de todas las cosas y la transformación incesante de las creencias, de las formas de arte, de las instituciones», dicen Langlois y Seignobos en su célebre *Introducción a los estudios históricos*.

Pero la historia es algo más: es un instrumento de análisis. Para comprender bien una institución, decía Durkheim, es preciso saber de qué está hecha. Es siempre un todo complejo, formado por elementos diversos, agreguemos, en relación recíproca los unos con los otros. Para descubrir esos elementos, «no basta considerar las instituciones en su forma final y reciente: porque, como estamos acostumbrados a verla, nos parece más bien simple». La historia, por lo contrario, hará aparecer esos elementos puesto que «la institución considerada se ha constituido progresivamente, fragmento por fragmento; las partes que la forman han nacido las unas después de las otras y se han unido, más o menos lentamente, entre sí; basta pues seguir sus modificaciones, en el tiempo, es decir, en la historia para ver, naturalmente disociados, los diferentes elementos que la forman» Durkheim cita, como ejemplo, los diversos elementos que han constituido, en los varios tipos de familia y en momentos diversos de la evolución social, la noción de *parentela*. Asimismo, si quisiéramos apreciar cómo, en la Grecia antigua, se formó el *derecho positivo* clásico, nos vemos necesariamente llevados a observar, con Gustavo Glotz, que en las fuentes de esa justicia civil, de esa *diké*, se encuentra primero la justicia mística, la *temis*, estrictamente limitada a la familia o más bien al *genos* reposando en el culto de los dioses domésticos, y cómo la *diké*, aún derivada de la *temis* hasta el punto de conservar evidentes reminis-

cencias, llega a oponerse a ella y hasta a absorberla en una forma nueva de derecho.

Fuente incomparable de información, método de análisis, la historia comparada es, por eso mismo, un método de explicación. «En efecto, explicar una institución es darse cuenta de los elementos diversos que sirven para formarla, es señalar sus causas y sus razones de existir. Pero, cómo descubrir esas causas sino refiriéndolas al momento en el que estuvieron actuando, es decir, en el instante en el que se suscitaron los hechos que tratamos de comprender? El único medio de llegar a saber cómo cada uno de esos elementos nació es el de observarlo en el instante mismo en el que surgió y asistir así a su génesis; ahora, esa génesis tuvo lugar en el pasado y, en consecuencia, no puede ser conocida sino por medio de la historia». (Durkheim).

Es evidente que la determinación de esa génesis necesita siempre, por las razones señaladas a propósito de la noción de causa, la *comparación* de varios desarrollos históricos. Durkheim nos da como ejemplo las transformaciones de la parentela desde su forma esencialmente materna hasta la actual en la que tiene un doble aspecto, es a un tiempo materna y paterna pasando por la formación intermedia de la exclusivamente paternal y siguiendo, en la historia, sus relaciones recíprocas.

La historia comparada se convierte así, para el sociólogo, en un equivalente del método experimental. «No tenemos, dice Durkheim, sino una manera de demostrar que entre dos hechos existe una relación lógica, una relación de causalidad por ejemplo, la de comparar los casos en los que esos hechos se encuentran simultáneamente presentes o ausentes e investigar si las variaciones que manifiestan en esas diferentes combinaciones de circunstancias atestiguan que el uno depende del otro». Se reconoce aquí la existencia de los tres procedimientos esenciales descritos por Stuart Mill: el método de concordancia —los dos

elementos están, simultáneamente presentes—, el método de diferencia—los dos elementos están, a un tiempo, ausentes— y el método de las variaciones concomitantes. Sería fácil demostrar que este último procedimiento caracteriza en realidad al método experimental.

El método de concordancia conduce sobre todo a acumular documentos cuando se trata de criticarlos y de escogerlos. Ilustrar una idea no es demostrarla.

El método de las variaciones concomitantes ofrece infinitamente más garantías, es "el instrumento por excelencia en las investigaciones sociológicas".

Durkheim señalaba tres formas posibles de ese método comparativo según que las series de variaciones regularmente constituidas comprendieran: a) hechos pertenecientes a una sola y única sociedad; b) hechos que se refieren a varias sociedades del mismo tipo y c) hechos sacados de varios tipos sociales diferentes.

El primer caso no presenta dificultad alguna. Pero se aplica sobre todo a fenómenos sociales muy generales como los demográficos, la nupcialidad, la natalidad, el suicidio, etc., sobre los cuales tenemos informaciones estadísticas bastante amplias y variadas. Aquí, en efecto, se pueden comparar las variaciones del fenómeno según las provincias, las clases sociales, los grupos rurales o urbanos, los sexos, el estado civil, etc.

En la mayoría de los casos hay interés en entender la comparación, sea a sociedades del mismo tipo, sea aun a sociedades de tipos diferentes.

Dos sociedades del mismo tipo nunca son idénticas; cada grupo social tiene su individualidad propia. Hay interés pues en comparar dos o más grupos en los cuales las condiciones no son exactamente las mismas. Sea, por ejemplo, la familia patriarcal: se puede seguir la evolución de ese tipo de organización doméstica al través de la historia de Roma, de Atenas, de Esparta, en relación con las variacio-

nes de los diferentes factores del medio social. Se podrá extender la comparación, por ejemplo, a la familia china que representa, como lo demuestra Granet, una forma de transición del todo curiosa entre la familia patriarcal. Pero se puede extender todavía la comparación. En lugar de limitarnos a un tipo determinado, es posible parangonar las formas que presenta una institución en sociedades de tipos diferentes: se tratará de llegar hasta la forma más rudimentaria conocida para seguir después, paso a paso, la manera cómo se fué progresivamente complicando.

Tales son las tres formas del método comparativo indicadas, como dijimos, por Durkheim en su libro *Reglas del método sociológico*. La primera se deriva del procedimiento estadístico, la tercera, para llegar a las formas primitivas busca la ayuda de la etnografía. Solamente la segunda surge plenamente de la historia.

Simiand enunció, contra este método, una objeción a la que conviene hacer referencia. El método experimental, dice, exige siempre una contra-prueba. Y bien, es una forma del todo insuficiente de esa contra-prueba la de tomar como base, para las comparaciones, sociedades diferentes. En efecto, dada la multiplicidad de factores que intervienen en la materia social, hay muchas oportunidades para que los factores, diversos del considerado, no se encuentren en los diferentes casos con los mismos caracteres, la misma naturaleza e igual valor.

Al método comparativo Simiand opone el precepto de la "identidad de base entre las experiencias", es decir, que la comparación debe referirse únicamente a fenómenos tomados del mismo grupo social.

No creemos que sea ésta una objeción indiscutible. Todo método experimental trae algo de incertidumbre. La eliminación de los factores secundarios nunca es integralmente posible y Simiand mismo reconoce que muy amenudo "el experimentador debe voluntariamen-

te o a la fuerza, conservar en su experiencia más elementos o diferentes elementos de los que desearía ocupar.”

Reconozcamos que es indispensable establecer comparaciones aún entre sociedades de tipos diversos. El método histórico-comparativo exige, es verdad, mucha prudencia y no deja de ser una fuente de información y un procedimiento de prueba, indispensable al sociólogo.

III. EL MÉTODO ESTADÍSTICO.— El papel de la estadística —que para Durkheim es un instrumento de método y para Simiand es una técnica, un sistema de estudio,—es, de acuerdo con el eminente estadístico inglés A. L. Bowley—el de proporcionar una descripción cuantitativa de la sociedad considerada como un todo organizado. Se trata de definir, de limitar las clases, de determinar las características de los elementos de esas clases, de medir su importancia, o su variación, etc.

Pero, la estadística es algo más que un medio de descripción razonada. Es también un procedimiento de experimentación y de prueba ya que es un método de análisis. Bowley dice que las estadísticas permiten hacer, de los conjuntos complejos, una representación simple y ver si esas representaciones simplificadas tienen entre sí relaciones. Sea por ejemplo, la desocupación obrera: se aislará primero, gracias a procesos apropiados, lo que es imputable a las variaciones de las estaciones, luego se analizarán las variaciones correspondientes a períodos más largos. Hay una perfecta analogía con los procedimientos del método experimental.

Pero si el método estadístico es precioso para el sociólogo, no es siempre fácil de manejar. Es preciso determinar: a) las condiciones de establecimiento; b) las condiciones de interpretación de las estadísticas.

a) Una buena estadística no es tan fácil de establecer como se cree generalmente. Una estadística no es un simple recuento y en esto el método estadístico se opone al método monográfico que pro-

cede precisamente a hacer recuentos y medidas sobre un objeto único (la familia por ejemplo). Por el contrario, el método estadístico hace desaparecer lo singular y lo individual para poner en evidencia lo general y lo social. Para que haya estadística es preciso que nos encontremos frente a un conjunto de alguna consistencia que posee una realidad como conjunto lo que caracteriza precisamente a los fenómenos sociales. Es preciso que el conjunto sea homogéneo. Es aquí endonde se establece la regla que indicamos a propósito de la determinación de los hechos sociales: éstos deben ser *definidos* tan rigurosamente como sea posible antes de proceder a efectuar la estadística. Si se quiere establecer una estadística de suicidios, es preciso diferenciar el suicidio propiamente dicho de los demás géneros de "muertes voluntarias". Debido a esto Durkheim, al identificar suicidio y sacrificio de la vida, ha señalado el suicidio altruísta, el suicidio egoísta y el suicidio anónimo. ¿Se quiere una estadística de la desocupación? Es preciso distinguir la renuncia voluntaria al trabajo y la desocupación propiamente dicha, la desocupación total y la parcial, la oficialmente registrada y la clandestina.

Con mayor razón se impone la prudencia cuando se trata de establecer las estadísticas gráficamente. No debemos olvidar, escribe Luciano March, que la forma de una curva depende esencialmente de la relación que existe entre la unidad de medida de las cantidades representadas en el eje de las abscisas y la unidad de medida de las correspondiente al eje de las ordenadas.

b) la interpretación de las estadísticas exige mayores preocupaciones. Es necesario, no sólo extender la exploración estadística a un período bastante amplio, sino también llevarlo hasta cierto grado de análisis. Es aquí endonde conviene desconfiar de las *medianas* las cuales a veces nos engañan. Tomemos un ejemplo de Simiand. Si consultamos superficial-

mente las estadísticas parecería que, cuando el salario aumenta, la producción aumenta proporcionalmente: tal es, al menos, el resultado que parece desprenderse al tomar los hechos al principio y al final de un período relativamente largo. Pero si analizamos más en la forma más continua, nos damos cuenta de que, cuando el salario sube, la producción no sube y aún baja y que, enseguida, el salario permanece estacionario y a veces baja, mientras la producción aumenta.

La interpretación de los resultados estadísticos debe ser dominada por el sentimiento de la complejidad de los hechos sociales, de esas interferencias y de esas acciones recíprocas de las que hablamos al referirnos a la noción de *causa*.

Inversamente, si no se deben simplificar al exceso las relaciones que nos revela la estadística tampoco debemos apresurarnos a negar las que no aparecieran al primer golpe de vista. Se constata, por ejemplo, un alza de salarios a consecuencia de las huelgas en todos los oficios aun en los que no hubo tales huelgas. Se va a inducir que la huelga es una causa del aumento de salarios?

En resumen, es siempre el concepto de *interdependencias*, la noción, tan fundamental en sociología, de los *conjuntos* los que deben guiarnos al hacer esa interpretación de las estadísticas.

IV. EL MÉTODO ETNOGRÁFICO.—Ni el método histórico-comparativo, ni el estadístico, a pesar de su interés y de su alcance, podrían bastar al sociólogo. Es necesario completar esos métodos con un tercero que permita llevar más lejos el análisis, remontándose a estados sociales más simples: el método etnográfico y, especialmente, el estudio de los grupos sociales llamados primitivos.

Esta necesidad de extender el método comparativo a las sociedades arcaicas ha sido criticada por numerosos autores. Se han ridiculizado las "historias de salvajes" y se ha preconizado, en su lugar, una

sociología "de observación directa" que reposa en la observación de lo actual. Se ha impulsado el estudio del presente que nos es más "directamente intelegible" que el pasado.

El método etnográfico presenta ciertas dificultades, empezando por el concepto mismo de "primitivo". Con esa palabra no se trata de definir una especie de estado original, próximo a un "estado de naturaleza" como lo dejaría pensar la misma expresión usada con frecuencia por los sociólogos alemanes: *Naturvolker*. El primitivo no es un hombre en el estado natural, un ser todo instintos, independiente de toda influencia social.

Los pueblos "primitivos" no se encuentran todos al mismo nivel; se habla, dice Mauss, de primitivos: a mi juicio, merecen ese nombre solamente los australianos, los únicos supervivientes de la edad paleolítica. Todas las sociedades americanas y polinésicas son de la edad neolítica y son agrícolas; todas las sociedades africanas y asiáticas han pasado ya la edad de piedra, son agrícolas y se sirven de animales domésticos. Es imposible situarlas en un mismo plano.

Es absurdo hacer del salvaje un degenerado o un retrasado, en el sentido patológico de la palabra.

Las adquisiciones de la etnografía han hecho ver que existen "pseudo-primitivos": los vedas del Ceilán cuyos caracteres somáticos parecen ser de los más arcaicos, demuestran haber tenido antes una organización social más compleja. No solamente se encuentran, en su lengua y en sus leyendas, vestigios de su civilización anterior, no solamente las antiguas reglas morales relativas a la exogamia y a la descendencia materna van debilitándose, entre ellos, hasta el extremo de reducirse a la existencia de una especie de familia de hecho sino, desde el punto de vista técnico, han perdido el trabajo de la piedra, la confección de vestidos de corteza que conocían antes. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los pigmeos: negritos de Malaca y de las Filipinas, negrillos de Africa

en quienes determinados autores, como el Padre Schmidt, han querido ver el tipo de la "humanidad en su infancia."

El empleo del método etnográfico exige pues mucha capacidad y mucho discernimiento. Es preciso reaccionar contra esa noción de una evolución simple, unilinear y continua que se atribuye generalmente a los creadores del evolucionismo.

La ventaja del estudio de estas formas primitivas, según Durkheim, sería doble: a) esas formas se encontrarían en el punto de partida de la evolución; b) lo accesorio, lo secundario, los desarrollos de lujo no han llegado, en esos grupos primitivos, a esconder lo indispensable y lo indispensable es lo esencial, es decir, lo que importa conocer antes que nada.

Uniformidad y simplicidad, tales son los caracteres que definen a las sociedades primitivas, según Durkheim.

Nos parece que la uniformidad sea, a veces, más aparente que real. La noción de simplicidad la apreciamos como del todo injustificada. Todos sabemos que las instituciones, reglamentaciones, clasificaciones, lenguas, sistemas de numeración que se encuentran en las sociedades primitivas, lejos de ser simples son extremadamente complicadas y, sobre todo, que todas esas instituciones interfieren las unas en las otras en tal forma que con frecuencia es difícil distinguirlas. Así se ha discutido mucho acerca de si el totemismo es una religión. Frazer ha aceptado tres explicaciones sucesivas y es posible que cada una de ellas contenga una parte de verdad y que el totemismo sea un hecho complejo que presenta, por otra parte, formas y grados múltiples y en el que entran, a la vez, elementos esenciales religiosos, elementos económicos, elementos filosóficos, etc. Se puede decir lo mismo del *potlatch*, forma arcaica del trueque, pero a la vez, conjunto de ceremonias rituales, festines, juegos, danzas, matrimonios, adopciones, etc.

Las sociedades arcaicas no son, pues, simples sino en el sentido que sus instituciones son *indiferenciadas*, y que *las distinciones que valen para estadios más avanzados de la evolución social, no sirven para ellas*.

Sin embargo, podemos hablar de simplicidad en el sentido más riguroso, al referirnos a la técnica de las sociedades primitivas. La «monotonía primitiva» a la que se refiere Luciano Febvre se explica, precisamente, por la insuficiencia de la técnica humana en sus principios.

Hay entre las diversas etapas de la civilización, diferencias de *nivel* y no solamente de *aspecto*. Durante una gran parte del siglo XIX la etnología ha creído poderse limitar al establecimiento de los niveles puesto que admitía implícitamente que aspecto y nivel debían confundirse. La etnología reciente parece llevada a interesarse más por los aspectos que por los niveles. Sin embargo, no podrá abandonar la noción de nivel.

ARMANDO CUVILLIER.

INFORMACIÓN PSICOLÓGICA

ETAPAS DE LA PSICOLOGIA

PSICOLOGÍA ANTIGUA.—Empieza con Aristóteles y parte de conceptos, por medio de los cuales se eleva a deducciones, y, con ellas, al conocimiento de las cosas. Suprime por completo la observación. Es una rama de la Filosofía e informó las grandes mentalidades de la Edad Media.

PSICOLOGÍA MODERNA.—Tiene su nacimiento a últimos del siglo XV. Su padre y fundador es nuestro Vives, cuya teoría se perfecciona, más tarde, con Bacon, Descartes y Locke y se continúa hasta Binet y Claparéde, en nuestros días.